

esos deseos á los cuales nadie resiste, arrebatada de despecho y de cólera, rehusó obstinadamente todo lo que podía dulcificar su situacion y asegurar la vuestra en el porvenir. Tierras, castillos, rentas, dinero, alhajas, todo me lo devolvió con ultrajante desden. Este desinterés, que despertó mi admiracion, no me encontró ménos tenaz, y dejé en casa de una persona de confianza el dinero y los títulos rechazados para que ella pudiese retirarlos... en caso de que variase de modo de pensar. Mas Cornelia persistió en su empeño, y, cambiando de nombre, entró á formar parte de otra compañía con la que recorrió provincias, evitando Paris y los sitios donde yo me hallaba. Pronto perdí su pista, tanto más cuanto el rey mi señor me confirió embajadas y misiones delicadas que me tuvieron largo tiempo en tierra extraña. A mi regreso, supe por confidentes fieles é inteligentes, que Cornelia habia muerto hacia algunos meses. Por lo que hace á la niña, no habian oido hablar de ella ni sabian qué habia sido de la misma. El ir y venir perpétuos de las compañías de cómicos, los nombres de guerra que adoptan los actores que las componen, y que cambian á menudo por necesidad ó capricho, hacen muy difícil toda investigacion á quien no puede hacerlas por sí mismo. El débil indicio que guia al interesado no basta al agente á quien sólo anima la codicia. Mostráronme muchas niñas entre esas compañías; pero los datos que me daban sobre su nacimiento en nada se relacionaban con el vuestro. Algunas veces tambien algunas madres poco cuidadosas de conservar su fruto se atrevieron á adelantar atrevidas suposiciones, por lo que tuve que ponerme en guardia contra semejantes artimañas. De las cantidades depositadas nada habian tocado. Evidentemente la rencorosa Cornelia habia querido sustraerme su hija y vengarse así. Aun cuando debí creer en vuestra muerte, sin embargo una voz secreta me decia que existíais. Recordaba cuán graciosa, cuán linda estabais en vuestra cuna, y traia á mi memoria las veces que con vuestra tiernas manecitas tirabais de mis bigotes, negros

entonces, cuando me inclinaba para besaros. El nacimiento de mi hijo, en vez de apagarlo, reavivó en mí este recuerdo, y al verle crecer en medio del lujo, cubierto de galas como el hijo de un rey, teniendo por juguetes joyas que hubieran sido la fortuna de modestas familias, pensaba que quizás vos padecíais frio y hambre metida en la carreta ó en una granja abierta á todos vientos. Si vive, decia para mí, algun director de compañía la maltrata y le pega. Suspendida de un alambre, hace, medio muerta de miedo, los amorcitos y los genios alados en alguna comedia de mágia; sus lágrimas mal contenidas desbordan de sus ojos y surcan el grosero colorete con que han embadurnado sus pálidas mejillas, ó, temblorosa de emocion, balbucea cerca de las humosas candilejas un papel infantil que le ha valido buena copia de bofetones. Y me arrepentia de no haber arrebatado la niña á la madre desde el día de su nacimiento; pero entonces creia eternos aquellos amores. Más adelante otros tormentos vinieron á añadirse á los que ya experimentaba. En medio de la vida errante y disoluta de los cómicos, bella como prometia serlo, pensaba, ¡cuántos ataques no deberá sufrir de parte de esos libertinos que revolotean al rededor de las comediantas como las mariposas en torno de la luz! y sentia encendérseme las mejillas á la idea de que mi sangre que circula por vuestras venas se veia expuesta á tales ultrajes. Muchas veces, afectando más gusto que no sentia por el teatro, asistia á las representaciones, buscando descubrir entre las damas jóvenes alguna de la edad que vos debíais tener y de la belleza que yo os suponía. Pero no ví mas que rostros presumidos y llenos de afeites, y descaro de cortesana bajo muecas de inocencia. Ninguna de aquellas cotorreras podíais ser vos.

Habia pues con trizteza renunciado encontrar esa hija mia cuya presencia hubiera regocijado mi vejez; la princesa mi esposa, muerta á los tres años de union, no me habia dado otro hijo que Vallombreuse, quien, por su carácter desenfrenado, me causaba quebrantos sin cuento. Hace algunos

días, hallándome con la corte en San German, donde me retenían deberes de mi cargo, oí á algunos cortesanos hablar con entusiasmo de la compañía de Herodes, y lo que me dijeron me hizo nacer el deseo de asistir á una representación de esos cómicos, los mejores que desde mucho tiempo hubiesen venido de provincias á Paris. Alababan sobre todo á una tal Isabel por su modo de representar correcto, decente, natural y lleno de sencillez. El papel de ingénua que tan acabadamente desempeñaba en el teatro, asegurábase que lo continuaba fuera de él, y las más viperinas lenguas enmudecían ante su virtud. Animado de un secreto presentimiento, me dirigí al teatro donde funcionaban esos actores, y os ví trabajar con aplauso general. Vuestro porte decente, vuestros modales tímidos y modestos, el fresco y argentino sonido de vuestra voz, todo me turbaba el alma de un modo que no sabía explicarme. Aun para un padre es imposible reconocer en una jóven de veinte años al hijo á quien no se ha visto desde la cuna, y sobre todo á la luz de las candilejas, á través del deslumbramiento del teatro; mas parecióme que si un capricho de la fortuna ponía sobre las tablas de la escena una jóven noble, esta debería tener ese aspecto reservado y discreto que mantiene á distancia á los demás cómicos, esta distincion que hace decir al espectador: ¿Cómo es que se encuentra en semejante sitio? En la misma comedia figuraba un pedante cuyo avinado rostro no me era desconocido. En nada habían alterado los años su grotesca fealdad, y recuerdo que ya hacia los Pantalones (1) y los viejos ridículos en la compañía en que trabajaba Cornelia. No sé porqué mi imaginacion establecía una relacion entre vos y aquel pedante antes camarada de vuestra madre. Por más que la razon me dijese que aquel actor podia haberse contratado en aque-

(1) Pantalón, nombre de un personaje de la comedia italiana que sale á la escena con pantalón, una especie de bata y careta con barba, el cual representa el papel de viejo. (N. del T.)

lla compañía sin que por esto vos formaseis parte de ella, parecíame que tenía entre sus manos el cabo del hilo misterioso la ayuda del cual podia servirme de guia en ese dédalo de confusos acontecimientos. Resolvíme pues á interrogarle, y lo hubiera hecho si, cuando envié á la posada de la calle Delfina, no me hubiesen dicho que los cómicos de Herodes habían partido para ir á dar una representación en un castillo de las cercanías de Paris. No hubiera yo dado un paso hasta el regreso de los actores, si un leal servidor, temiendo algun encuentro desgraciado, no me hubiese prevenido que el duque de Vallombreuse, enamorado hasta la locura de una actriz llamada Isabel que le oponía la más virtuosa resistencia, había concebido el proyecto de hacerla robar durante aquella expedicion fingida, por una banda de matachines asalariados, accion por demás enorme y violenta, y tal vez de malas consecuencias para Vallombreuse y sus espadachines, pues la jóven iba acompañada de amigos que no estaban desprovistos de armas. La sospecha que de vuestro nacimiento alimentaba mi pecho sumerjióme, al recibir tal noticia, en una turbacion de espíritu difícil de concebir. Extremecíme á la idea de ese amor criminal que se trocaba en amor monstruoso, si mis presentimientos no me engañaban, puesto que vos erais, en caso afirmativo, la hermana de Vallombreuse. Supe que los raptos debían traerlos á este castillo, y hácia el me dirigí sin perder momento. A mi llegada, erais ya libre sin que vuestro honor hubiese padecido, y la sortija de amatistas confirmó lo que á vuestra vista me decía la voz de la sangre.

—Creed, señor y padre mio,—respondió Isabel,—que jamás os he acusado. Acostumbrada desde la infancia á la vida errante de cómica, había aceptado fácilmente mi suerte, no conociendo ni soñando otra. Lo poco que yo sabía del mundo, me daba á comprender lo mal que hubiera hecho en querer entrar en una familia ilustre, á quien razones poderosas obligaban sin duda á dejarme en la oscuridad y el ol-

vido. El recuerdo confuso de mi nacimiento me inspiraba á veces algun arranque de orgullo, y decia para mí, al ver el ademán desdeñoso que toman las damas de elevada esfera hácia las comediantas: «¡Tambien yo soy de noble raza!»; pero estos ligeros humos se disipaban pronto, y sólo guardaba el invencible respeto de mí misma. Por nada del mundo hubiera manchado la limpia sangre que circula por mis venas. Las licencias de bastidores y las persecuciones de que son blanco las actrices, aun cuando no las distinga la belleza física, me inspiraban el más marcado disgusto. He vivido en el teatro casi como en un convento, pues puede serse honrada en todas partes, cuando hay voluntad de serlo. El Pedante hacia para mí las veces de padre, y Herodes hubiera ciertamente roto los huesos á quien quiera que se hubiese atrevido á tocarme con el dedo, ó tan sólo dirigirme una palabra libre. Aunque cómicos, son estos muy honrados, y os los recomiendo si alguna vez se encuentran necesitados. A ellos debo en parte poder presentar, sin enrojecer, mi frente á vuestros labios, y llamarme en alta voz hija vuestra. Mi único pesar es haber sido, aunque inocentemente, la causa de la desgracia sobrevenida al señor duque vuestro hijo, y hubiera de todo corazón deseado entrar en vuestra familia bajo mejores auspicios.

—Nada teneis que reprocharos, hija mia; no podíais adivinar esos misterios que se han desatado de repente por un concurso de circunstancias que parecerian novelescas á hallarse escritas en un libro, y mi alegría de volveros á ver tan digna de mí como si no hubieseis vivido á través de los azares de una vida errante y de una profesion poco rígida de ordinario, dulcifica en gran manera el dolor en que me ha sumerjido la grave herida de mi hijo; y sucumba este ó sobreviva, me hallareis lo mismo. En todos casos, vuestra virtud le ha salvado de un crimen. Así pues, no hablemos más de esto. Pero entre vuestros libertadores, ¿quién era aquel joven que parecia dirigir el ataque, y quien ha herido á Va-

llombreuse? Un cómico, sin duda, aunque me pareciera arrogante y valiente.

—Sí, padre mio, —respondió Isabel, cuyas mejillas se cubrieron de un ligero y púdico rubor, —un cómico. Pero si me es permitido vender un secreto, que ya no lo es para el señor duque, os diré que ese supuesto capitán Estruendo oculta bajo su máscara un noble semblante, y bajo su nombre de teatro otro de raza ilustre.

—En efecto, —respondió el príncipe, —creo haber oído hablar de esto. Extraño hubiera sido que un cómico se hubiese atrevido al temerario acto de oponerse á un duque de Vallombreuse y de entrar en lucha con él. Tal audacia reclama una sangre generosa. Así como un diamante no puede ser rayado mas que por otro diamante, sólo un noble puede vencer á otro noble.

Para el orgullo nobiliario del príncipe, era un consuelo relativo el que su hijo no hubiese sido herido por un villano. Las cosas recobraban así su estado ordinario, y aquel combate, sostenido por un motivo laudable, se convertia en un duelo entre gentes de igual calidad.

—¿Y cómo se llama ese valeroso campeón, —repuso el príncipe, —ese esforzado adalid de la inocencia?

—El baron de Sigognac, —respondió Isabel con voz ligeramente temblorosa; —entrego sin temor su nombre á vuestra generosidad, pues sois demasiado justo para perseguir en él la desgracia de una victoria que él mismo deplora.

—Sigognac, —dijo el príncipe, como trayendo á la memoria recuerdos del pasado, —creí extinguida esta raza. ¿No es una familia de la Gascuña?

—Sí, padre mio; su castillo se levanta en las cercanías de Dax.

—Esto es. Los Sigognac, cuya nobleza data de muchos siglos, tienen las armas parlantes; llevan sobre campo de azur tres cigüeñas de oro, dos y una. Palamedes de Sigognac figuró gloriosamente en la primera cruzada, y un Raimbaud

de Sigognac, el padre del que hoy vive, era en sus mocedades gran amigo de Enrique IV, á quien empero no siguió en la corte, pues sus negocios, segun decian, estaban por demás embrollados, y al lado del Bearnés se ganaba poca cosa más que golpes.

—Tan embrollados,—respondió Isabel,—que nuestra compañía, obligada una noche, á causa de la lluvia, á buscar un refugio, encontró el hijo en una torre de buhos completamente arruinada, donde se consumia su juventud, y de donde lo arrancamos, temiendo que por orgullo y de melancolía se muriese de hambre en ella. No he visto infortunio sobrellevado con más valor.

—Pobreza no es delito,—dijo el príncipe,—y toda casa noble que no ha faltado al honor, puede realizarse. ¿Por qué, en su desgracia, el baron de Sigognac no se ha dirigido á alguno de los antiguos compañeros de armas de su padre, ó bien al rey, protector nato de la nobleza?

—La desgracia amilana á quien la sufre por valiente que este sea,—respondió Isabel,—y el amor propio refrena el valor. Al venir con nosotros, el Barón esperaba que en París se le ofrecería una ocasion favorable; pero esta no se le ha presentado; y para no convertirse en una carga para nosotros, quiso reemplazar á uno de nuestros compañeros, muerto en el camino, no creyendo con esto comprometer su dignidad, supuesto que su papel requería máscara.

—No hay necesidad de ser brujo para adivinar que bajo ese disfraz cómico se esconde una miajita de amor,—dijo el príncipe sonriendo con maliciosa bondad;—pero eso no me incumbe á mí; conozco vuestra virtud, y no me alarmo por algunos discretos suspiros exhalados á vuestro pensamiento. Por otra parte, no hace en verdad mucho tiempo que soy vuestro padre para permitirme sermonearos.

Mientras hablaba el príncipe, Isabel fijaba en éste sus grandes ojos azules, en los que brillaban la más pura inocencia y la lealtad más perfecta. Las rosas que hizo aparecer en sus

mejillas el nombre de Sigognac se habian disipado, y su semblante no ofrecia ninguna señal de confusion ni de bochorno. En su corazon, la mirada de un padre, la de Dios mismo, nada hubiera encontrado de reprochable.

En este punto habian llegado de la conversacion cuando se hizo anunciar el ayudante de maese Lorenzo, quien traia un boletin favorable de la salud de Vallombreuse, cuya herida seguia un curso satisfactorio; despues de la crisis nerviosa determinada por la pocion, el doctor respondia de la vida del jóven duque, la curacion de quien era sólo cuestion de tiempo.

Algunos dias despues, Vallombreuse, reclinado sobre dos almohadas, ataviado con una finísima camisa de batista con cuello de punta de Venecia, los cabellos separados en dos cascadas y puestos en orden, recibia en su lecho la visita de su fiel amigo el caballero de Vidalinc, á quien no le habian permitido ver todavía. El príncipe estaba sentado en el pasadizo practicado entre la camá y la pared, mirando con profunda y paternal alegría el pálido y enflaquecido rostro de su hijo, que no ofrecia ya, sin embargo, ningun síntoma alarmante. Sus labios habian recobrado el color encarnado, y en sus ojos brillaba la llama de la vida. Isabel, de pié á la cabecera de la cama, tenia abandonada su mano entre los adelgazados dedos del jóven duque, de un color blanco azulado como acontece á los enfermos abrigados del aire y del sol por mucho tiempo. Como el médico no le habia levantado todavía la prohibicion de hablar, Vallombreuse demostraba así su simpatía hácia aquella que era causa involuntaria de su herida, y á quien, por medio de cariñosas miradas, daba á comprender que la habia perdonado de todo corazon. El hermano habia reemplazado al amante, y la enfermedad, calmando los arrebatos del jóven, habia contribuido no poco á esta transicion brusca. Isabel no era ya para él la comedianta de la compañía de Herodes, sino real y positivamente la condesa de Lineuil.